

**María Minellono (coord.), *Almafuerte. Poesía completa. Edición crítica*
Córdoba, Alción Editora / La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación, Colección Archivos, 2011, 725 páginas.**

Poesía completa de Almafuerte, motivo de esta reseña, es también un motivo de celebración, porque se reúnen aquí una edición crítica de nuestro Almafuerte, coordinada por una colega nuestra, con un equipo de colaboradores de los cuales muchos pertenecen o pertenecieron a esta universidad y a su Facultad de Humanidades, coeditora del libro. Como se sabe, la colección Archivos propicia, quizá justamente en razón de las estructuras especialmente complejas y racionalizadas de sus ediciones, la lectura como desviación, y por lo tanto, al lector descarriado: el que empieza por leer, digamos, el índice de nombres y conceptos. Contra ese tipo de lector, aceptable y hasta prestigioso, diría que en el caso de esta edición los primeros textos son, además de los textos mismos de Almafuerte, el artículo de Rubén Darío que abre el libro junto a la “Introducción” y el “Estudio filológico” de María Minellono.

La “Introducción” es un texto breve que sin embargo parece reunir todas las cuestiones del estado de la cuestión “Almafuerte”. Un texto denso y fácil de leer, que consigue decirlo todo rápidamente: tiene unas tres mil palabras y trata de (enumero sus temas, que son los temas de y sobre Almafuerte, porque quiero volver a algunos de ellos): la *utopía* en Almafuerte, con sombras como las de Saint-Simon y Charles Fourier; los cruces entre religión y política; su condición de poeta marginal u orillero, y contra ella, la universalidad propuesta por esta edición; las imágenes de Almafuerte, tan potentes como sus textos: la figura del poeta rebelde y su ubicación excéntrica en la literatura argentina de finales del XIX y principios del XX, la del “imprecador que turba la fiesta de los dichosos”, según la fórmula de Darío; su romanticismo tardío; su concepción de la poesía y del poeta; “la proximidad cómplice entre el ‘yo empírico’ y el ‘yo lírico’ de los poemas”; la importancia de su seudónimo como nombre de su nacimiento como escritor; sus diferencias con los clásicos o príncipes letrados de 1880; la intensidad, la pasión o el fanatismo de Almafuerte; el reconocimiento que sus textos produjeron en Bartolito Mitre, en Darío, en Lugones, en Borges; su voz altisonante, excesiva para la posterior “nueva sensibilidad”; su prestigio cambiante en las sucesivas nuevas generaciones; la contradicción entre el escritor definitivamente pretérito y sin embargo presente: como lo dice Minellono, hay “disconformidades que vuelven a golpear sobre las mismas piedras”.

Por cierto Almafuerte perteneció a otro tiempo y esa distancia la percibimos tanto en la voz como en la ideología. Por un lado, el tono vociferante, la pasión y la exuberancia verbal —que puede recordarnos a un contemporáneo como Francisco Sicardi. Fue una voz de época en una época en que la voz importaba. Javier Fernández recuerda que Alfredo Palacios decía: “Leyendo a Almafuerte se lo escucha”. Y quizá no haya habido muchos poetas rioplatenses nacidos por la década de 1850 de quienes no se haya repetido lo mismo. Por otro lado, la distancia ideológica. “Misanropía”: cuánto tiempo hace que no se escucha esa palabra que Darío, al escribir sobre Almafuerte, deja caer tan naturalmente. Cierta lejana misanropía, entonces, unida a un humanitarismo que también nos queda lejos. O, para seguir juntando opuestos, cierto populismo parecido al miserabilismo. Ultrajar, amar, triunfar, fracasar, escupir, redimir: las paradojas éticas con que Almafuerte impresionó a sus lectores no parecen debilitadas por el tiempo. La violencia misma de la contradicción, más que los términos de tales o cuales contradicciones, es quizá lo que aún nos toca de su poesía.

Entre fines del XIX y principios del XX, la simpatía romántica de la poesía por el dolor, encarnada en la figura misma del poeta como “sufridor ejemplar” (Sontag), llegó a enamorarse de los caídos y de la caída, del fracaso y de las miserias de los últimos. También de los perros. No aconsejo a nadie una tesis doctoral sobre los perros en la literatura argentina, pero no deja de resultar curioso que la literatura haya demorado tanto en verlos, cantarlos y contarlos. Los perros flacos de las tolдерías en Mansilla o los perros del viejo Vizcacha no se comparan con los perros de Evaristo Carriego o de Soiza Reilly. Es increíble que Martínez Cuitiño haya escrito seriamente, a propósito de Mario Bravo: “Coincidió con Carriego en el tema de los perros. El perro ciudadano, el dogo suburbano y el can campesino le inspiraron tres sonetos magistrales”.

Para definir a Almafuerte, Rubén Darío señaló todo aquello que Almafuerte no era. Borges repitió en lo fundamental a Darío, con la ventaja de que podía entamarlo en una genealogía que lo ligaba a Carriego, a cierto barro cultural orillero y popular que, sin elegancias regulares y con prestigios lentos, venía suministrando desde el siglo XIX, desde la gauchesca, los materiales para fundar una literatura americana o argentina. Los jóvenes de las “nuevas generaciones”, la de Darío o Lugones, la de Rojas o Gálvez, la de Borges o Martínez Estrada, no buscaron los textos fundacionales en los doctores y en los señores. “Doctor” y “señor”, como lo registró Borges siguiendo las lecciones de Groussac, estaban pasando a ser injurias si se aplicaban a un escritor. El canon se dejaba instituir mejor sobre el examinado José Hernández que sobre el examinador Miguel Cané, sobre Almafuerte mejor que sobre Ángel de

Estrada. Democratización de la cultura letrada y fundación de la literatura moderna fueron procesos simultáneos no solo en Francia, con su romanticismo tardío, sino también en América Latina, con su aun más tardío romanticismo. Minellono prefirió la fórmula “romanticismo tardío” para nombrar el romanticismo que impulsó a Almafuerde y a sus contemporáneos. En abstracto, puede sugerir la idea de repetición, declive y agotamiento. Pero, como lo sugiere Almafuerde y este libro, en la historia sucedió lo contrario. Fue mucho más firme el romanticismo tardío de 1880, cuando se produjo aquella anacrónica querrela entre clásicos y románticos, que el romanticismo recién introducido por Echeverría.

Además de los poemas publicados e inéditos de Almafuerde, la edición rescata dos textos en prosa olvidados o poco accesibles: “La hora trágica”, aquel extraordinario escrito autobiográfico sobre la experiencia de la profanación y las ilusiones perdidas, y la *nouvelle* “El loco”. María Minellono, editora de las *Obras Inéditas* publicadas en Losada en 1997, fue la responsable del establecimiento de los textos de Almafuerde y las notas. Además de la “Introducción” y el “Estudio filológico” ya mencionados, preparó la “Bibliografía” del volumen. Sara Paladino estuvo a cargo de la “Cronología”. Cristina Featherston y María Susana Martínez Robbio participaron con dos estudios sobre las trayectorias del autor y su obra. La sección “Lecturas del texto” reúne artículos críticos de Javier Fernández, Blas Matamoros, Hugo Cowes, María Luisa Freyre y José Panettieri. La edición incluye un CD con fotografías de manuscritos de Almafuerde.

Sergio Pastormerlo